

damente de todo lo más importante y curioso de París, en especial de las ciencias y artes, y método de sus estudios y escuelas. Asistió á todo el curso de física experimental que explicaba el célebre abate Nollet; y si su vuelta á España se hubiera dilatado algo más, tenía ánimo de asistir también al de química y farmacia, que según los principios de Becher, Boerhave y Stahl, abrió por entónces monsieur de la Planche.

No hacia todo esto por mera curiosidad, sino con el fin de apuntar sus observaciones, y recoger ideas y noticias, para producir despues obras útiles á su patria. Con efecto, restituido á España, volvió al instante á tomar la pluma para concluir las que traia ideadas ó empezadas, y para formar el plan de otras, que sus luces, celo y continúa aplicacion le sugerian. La primera que dió á la luz pública fué la que tiene por título *Memorias literarias de París*, que salió impresa en el mes de Abril de 1751. El objeto de esta obra, que está escrita con mucha erudicion y buena crítica, no fué otro que el de presentar á los ojos de los españoles, como en un lienzo, el estado de todo género de estudios en aquella córte, haciendo juicio exacto é imparcial de lo bueno y malo que habia advertido en ellos, para que sus compatriotas, estimulándose á abrazar lo uno, y sabiendo evitar lo otro, resucitasen la antigua gloria literaria de España.

Deseoso de contribuir por su parte, en cuanto le fuese posible, á tan digno objeto, y de aprovechar la ocasion que le ofrecian el celo y la amistad del señor don José de Carvajal, para promover pensamientos útiles al bien público, formó el plan de una academia general de Ciencias, Artes y Bellas Letras, que deseaba se fundase en Madrid, en el cual comprendió cuanto habia que prevenir en el asunto, como eran: los estatutos, número de académicos honorarios, numerarios, asociados y de otras clases; la renta que debia tener, y su distribucion; forma de la casa en que habian de ser las juntas; division de clases, y número de individuos que habia de tener cada una; y finalmente, lista de los sujetos que le parecian más á propósito para académicos, con expresion de la clase en que convendria poner á cada uno de ellos. No tuvo efecto esta idea; pero se puede asegurar dió motivo á otra muy plausible, aunque no tan vasta, que fué la de erigir solemnemente, como ya he dicho, en Academia Real, con el título de San Fernando, para el cultivo de las tres nobles artes, la junta preparatoria que existia, mandada formar por el señor don Felipe V, pues aunque DON IGNACIO no fué el único á sugerir este pensamiento, se distinguió en promoverle con el señor Carvajal. Siendo uno de los académicos de honor, recitó, el día de la apertura, unas octavas alusivas al objeto; y el año siguiente, con motivo de la distribucion de los primeros premios, recitó también una cancion, un soneto italiano y un epigrama latino. Otro asunto no ménos importante excitó también su amor á la patria, y le movió á escribir un proyecto para precaver las carestias de trigo; el cual, si se llegase á poner en planta, sin más que alguna ligera variacion ó adición, según las circunstancias presentes, acaso produciria el efecto que deseaba su autor. En dicho año de 1751, con el fin de ir introduciendo el buen gusto en la dramática, dió á la prensa la traduccion de una comedia de monsieur Nivelles de la Chaussée, con el título de *La razon contra la moda*, que dedicó á la señora Marquesa de Sarria, en cuya academia la habia leído manuscrita, con mucho aplauso de los concurrentes. Los diaristas de Trévoux hablaron de esta traduccion con particular elogio.

Dedicóse luego á dar la última mano á la correccion de su *Poética*. El trato continuo que habia tenido en París, no sólo con los mejores poetas y con los eruditos más distinguidos de Francia, sino también con algunos de otras naciones, y al mismo tiempo la lectura de muchas obras que hasta entónces no habia podido tener á la mano, refinaron su buen gusto y dilataron sus luces, de suerte que juzgó necesario rever con cuidado la obra, reformar lo conveniente, y añadir lo que faltaba en ella. Los diaristas de Trévoux habian notado que, al parecer, el señor LUZAN no tenia noticia ó no apreciaba los poetas ingleses, pues no habló de ellos en su *Poética*; y esta fué una de las cosas que creyó necesario añadir, como lo hizo. Igualmente parece debió reconocer que la sátira es una especie de poesia que merece tratado aparte, como lo habian advertido los diaristas de España; pues con efecto le escribió, si no está equivocada la persona que me ha dado la noticia, refiriéndose á quien le aseguró haberle leído. También añadió muchas cosas esenciales en la historia de la poesia vulgar; várias observaciones muy delicadas y nada comunes sobre algunas especies de metros castellanos, y sobre la mejor eleccion y más bella colocacion de los consonantes. Todas estas adiciones se conoce las trabajó de priesa, y que por lo mismo necesitaban aumento, más orden y más correccion, especialmente las que tocan á la historia de la poesia vulgar; pero le faltó el tiempo, no sólo para perfeccionar esto, sino para escribir otras que

tenia meramente apuntadas, y entre ellas un tratado del perfecto comediante, para añadir á la *Poética*, pareciéndole, con mucha razon, que el buen efecto de un drama depende en gran parte de su buena ejecucion. Sólo tenemos el plan y la distribucion de los capítulos, que seguramente abrazan todo lo necesario para conseguir la perfeccion en este arte. Es lástima que no pudiese poner en ejecucion una idea tan bella y tan útil y precisa, singularmente en España, donde los comediantes se forman sin estudio, y sólo por medio de una práctica harto defectuosa.

Entre las poesias que compuso por entónces, sobresalen, un poema jocoso, que intituló *La Gatomomaquia*, escrito con gracia y pinceladas satiricas, alusivas al estilo de algunos predicadores que eran famosos en aquel tiempo; dos canciones, una á la primavera, y otra sobre su natural inclinacion á la poesia; una elegia latina al Conde de Perelada, cuando estaba para partir á Lisboa con el carácter de embajador, y un romance satirico, muy chistoso, con el título de *El Gacetero quejoso de su fortuna*.

El carácter que por lo general se advierte en las obras del señor LUZAN es un espíritu filosófico y metódico, con solidez y gusto, y un genio inclinado á profundizar y desentrañar las materias, tal vez con menudencia excesiva.

Algunos repararán, particularmente en la *Poética*, la frecuencia de citas y la copia de pasajes enteros de autores famosos; pero todo era preciso en aquel tiempo para entrar bien armado en la ardua empresa que tomó de hacer la guerra al mal gusto, y restablecer el bueno. Las que ahora son verdades llanas y corrientes, eran entónces opiniones extravagantes y nuevas, aun entre los que se preciaban de doctos. La razon sola debia bastar para el logro de su intento; pero conociendo que basta pocas veces, tuvo por preciso apoyarla con la autoridad; bien que si alguna vez las halló encontradas, procuró hacer patente la preferencia que se debia dar á aquella sobre ésta.

Su estilo prosaico es natural, sencillo, y en general corriente, aunque alguna vez se nota cierta sequedad é incorreccion. En sus poesias, en lo que permite la locucion poética, es semejante al de su prosa. En ellas hay más arte que númen, pero no le falta éste; aunque, á mi parecer, es más principalmente obra del arte lo primoroso y acabado de algunas de sus composiciones.

He dejado correr la pluma, sin poderlo remediar, más de lo que pensé al principio; porque tratándose de la vida de un hombre de talento, virtuoso, aplicado, laborioso, y no ménos digno de estimacion por sus prendas que por sus obras, por muy conciso que quisiera ser el historiador, y más siéndolo yo, es preciso tenga mucho que hablar. En fin, el juicio que á consecuencia de todo lo expresado deba formarse del mérito verdadero de DON IGNACIO DE LUZAN, se deja á los lectores discretos, sabios y desapasionados. Yo he cumplido por mi parte, del mejor modo que me ha sido posible, con el obsequio que debo á su memoria, y con el deseo de algunos amigos, en cuyo concepto merece aún mayores elogios.

II.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(Introduccion á la poesia castellana del siglo XVIII.)

El primer escritor que se presenta en el orden del tiempo, es DON IGNACIO DE LUZAN; no dejando de ser un fenómeno notable que el primer poeta de quien haya de hablarse sea también un maestro de poética. La suya, publicada en 1757, tiene el mérito de ser un libro muy bien hecho, y el mejor de los que en aquella época se publicaron. Sano y seguro en principios, oportuno y sobrio en erudicion y en doctrina, juicioso en el plan y claro en el estilo, presentaba unas dotes de seso, de arte y de buen gusto que no se reunian fácilmente en los talentos que á la sazón cultivaban las letras, unos depravados con el mal gusto que aun dominaba en la opinion vulgar, otros dados á un farrago indigesto de noticias y discusiones, ya pueriles, ya importunas, y siempre fastidiosas. Notóse entónces que algunas cosas estaban ligeramente tratadas en este libro, y otras omitidas; notóse también la severidad excesiva con que eran juzgados algunos poetas espa-

ñoles, principalmente Góngora y Lope de Vega (1). El autor justificaría tal vez su rigor con la necesidad de oponerse á la licencia y abusos que la abundancia y abandono del uno y los delirios del otro, habian introducido en la poesía. Pero lo que, en mi opinion, deslucen más esta obra, es la poca amenidad con que está escrita, y el poco interes que inspira. Al ver el tono seco y desabrido con que LUZAN habla de una arte tan halagüeña y seductora, nadie le creyera penetrado de las bellezas del argumento que trata, ni ménos le tuviera por poeta. No es de extrañar, pues, que fuese poco leída entónces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto, ó más bien nulo. Las obras de critica, en lo general, dirigen y no estimulan, enseñan y no inspiran; la *Poética* de LUZAN, por el modo de su ejecucion, debía estar expuesta, más que otra alguna, á este efecto escaso y limitado; y útil á los maestros para enseñar, á los criticos para reprimir, no podía servir mucho á los ingenios para producir.

A este fin era mejor el ejemplo, siempre más activo y poderoso que los preceptos: LUZAN tiene la gloria de haberle dado tambien, y sus escritos poéticos, comparados con los versos desatinados que á la sazón se componian, tienen, por su invencion y disposicion, por su armonía y por su estilo, un mérito bien sobresaliente. Las dos canciones á la conquista y defensa de Orán, compuestas hácia los años de 1752, son dos exhalaciones hermosas en medio de una oscuridad muy profunda; y pocos ó ninguno estaban todavía en estado de igualarle, cuando veinte años despues hacia resonar estos acentos en la Academia de San Fernando:

Sólo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre, en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna.
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inútilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas; ella,
Como la hija estrella,

Que el rumbo enseña al pálido piloto
Cuando más brama el aquilon y el noto,
Al puerto guía nuestro pino errante.
¿Quién con esto se acuerda
De envilecer el plectro resonante,
Donde de vista la virtud se pierda,
O un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y más de estrago?

Parece que LUZAN, en esta noble y grave poesía, daba el tono á su siglo, y señalaba al ingenio el rumbo que debía seguir para hacerse respetar. Pero sus versos, como los de casi todos los preceptistas, se recomiendan más por el artificio, la gravedad y el decoro, que por el fuego, la imaginacion y la abundancia. Aun cuando tuvieran un carácter más ardiente y seductor, como no fueron muchos los que escribió, y esos inéditos en gran parte hasta mucho tiempo despues, resulta que no pudieron servir al público ni de estímulo ni de dechado. Para los pocos, sin embargo, que entónces cultivaban las musas, y eran todos ó amigos ó apreciadores de LUZAN, no dejaron de concurrir á acreditar los principios de circunspeccion y de buen gusto que él observaba cuando escribía.

Puede contarse en este número á don Agustín Montiano, el cual corresponde más bien á la historia de la poesía dramática, por sus laudables esfuerzos para reformarla, y por sus tragedias, apreciadas mucho entónces, leídas despues muy poco, y creo que nunca representadas. A aquella época pertenecen tambien el supuesto Jorge Pitillas, escritor satírico, ingenio fuerte, despejado y agudo, de quien por desgracia no se conserva más que una composicion, publicada por primera vez, en 1741, en el *Diario de los literatos de España*, y reimpressa otras muchas despues; el Conde de Torrepalma, que en su imitacion ovidiana del *Deucalion*, hizo prueba de un eminente talento para versificar y describir; y en fin, don Josef Porcél, autor de unas églogas venatorias, aplaudidas mucho entónces, pero nunca publicadas (2).

(1) Puede verse en el tomo IV del *Diario de los literatos de España*, artículo 1.º, la critica que aquellos juiciosos periodistas hicieron de la nueva *Poética*; la última parte del artículo es de don Juan de Iriarte, y es curioso en ella ver á un gramático tomar la defensa de Góngora contra un poeta.

(2) Por más esfuerzos que he empleado en buscarlas y verlas para dar alguna idea de su mérito y su carácter, han escapado á todas mis diligencias, y si son tales como se dice, hacen mal los que las poseen en no enriquecer nuestra literatura con ellas. Don Luis Velazquez, en sus *Orígenes de la poesía castellana*, hace

III.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(*Lecciones de filosofía, moral y elocuencia.*—Burdeos, 1819.)

Varios académicos imaginaron el proyecto de resucitar los buenos estudios de la sana literatura: escribió el apreciable LUZAN su *Poética*, en que corroboró los inconcusos preceptos de la antigüedad con ejemplos sacados de poetas españoles, y los partidarios del equívoco, que al culteranismo del siglo anterior habian sustituido Gerardo Lobo, la Monja de Méjico y un maestro Leon (1), que en nada se parece al maestro Leon coetáneo de Felipe II, se callaron, ó enmendados ó corregidos; siendo la publicacion de las poesías del cura de Fruime el postrer aliento de esta moribunda secta.

IV.

DE DON FERNANDO JOSÉ WOLF, SECRETARIO DE LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE VIENA.

(*Floresta de rimas modernas castellanas.*—París, 1837.)

Los primeros ensayos, aunque débiles y aislados, para introducir el gusto frances, los hicieron el Marqués de San Juan con su traduccion del *Cinna* de Corneille, que apareció en 1715, y Cañizares con su *Sacrificio de Ifigenia*. Mas estaba reservado el dar el primer paso decisivo en esta carrera á un poeta preceptista, que se habia formado en países extranjeros, y bebido la purísima agua del Parnaso frances á las orillas del Sena mismo. Este dogmatizador de la escuela galohispana fué DON IGNACIO DE LUZAN, que en su *Poética*, publicada por primera vez en 1757, trató de erigir un faro que, despues de tantas borrascas románticas, guiase sus compatriotas naufragos al seguro puerto del elasticismo.

De aquella *Poética*, harto conocida y decantada por los clasicistas, baste decir que en cuanto á sus principios, es una mera copia de las de Aristóteles, Horacio y Boileau, escrita en un tono seco y desabrido (2). No es de extrañar, pues, que fuese poco leída entónces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto ó más bien nulo. Pero LUZAN no se contentó tan sólo con recomendar el nuevo gusto en sus preceptos, sino tambien con el medio más eficaz del ejemplo, en lo cual fué ayudado por algunos amigos suyos.

mencion de ellas dos veces, y siempre con particular estimacion; pero, como este escritor era demasiado indulgente en la aplicacion de la critica á los casos particulares, no puede darse enteramente crédito á su recomendacion. Los *Orígenes* son un libro muy apreciable por su excelente plan y por las noticias que en él se encuentran, mas no por el gusto ni por el discernimiento critico. (*Nota de Quintana.*)

(1) Este *maestro Leon*, que Marchena contraponen aquí á fray Luis de Leon, es el maestro don Manuel de Leon Marchante, que se hizo famoso en su tiempo por sus entremeses, jácaras, chambergas, relaciones de ciego, y otras poesías rastreras y conceptuosas.

Sorprende la ligereza con que el abate Marchena pre-

senta aquí como de un mismo siglo los tres poetas que cita. Gerardo Lobo, mencionado el primero, nació un año ántes de la muerte de Leon Marchante. Este, como la Monja de Méjico, pertenece al siglo XVII; aquel al XVIII. (*Nota del Colector.*)

(2) Estas duras palabras con que Wolf califica el estilo de LUZAN, así como otras muchas del crítico alemán, están copiadas de Quintana, pero copiadas sin discernimiento. Quintana llama tambien *seco* y *desabrido* al tono de LUZAN; pero no aplica esta severa y á juicio nuestro, injusta censura, al estilo general de la *Poética*, sino á la forma rígida con que habla de una arte tan halagüeña y seductora como la poesía. (*Nota del Colector.*)

V.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(Manual de literatura.—Resúmen histórico.—1844.)

En aquel infeliz periodo (la primera mitad del siglo xviii) se estableció la Academia Española, y no dejaron de hacer esfuerzos algunas personas distinguidas para resucitar nuestra muerta literatura, labrándose sordamente la revolucion que la habia de presentar bajo un aspecto nuevo, sujeta ya á los principios del clasicismo traído de allende los Pirineos. El primer síntoma que se advirtió de esta mudanza, fué la publicacion de la *Poética* de DON IGNACIO DE LUZAN, publicada en 1737; obra que al pronto no produjo sensacion alguna, pero que años despues llegó á ser el código literario de los mejores ingenios. Era esta *Poética* un libro compuesto con buen juicio y sana critica, en que por primera vez en España se proclamaban los principios del buen gusto, aunque se deprimia quizá demasiado á algunos de nuestros poetas antiguos, entre ellos al inmortal Lope de Vega.

LUZAN dió, ademas, el ejemplo con algunas regulares poesías, aunque pocas, notándose entre ellas las odas sobre la toma y defensa de Orán. Tenia poco númen, y sus versos son correctos, pero faltos de animacion y de colorido poético; no obstante, podian considerarse como un prodigio en medio de los insulsos copleros que todavía abundaban, remedando las extravagancias de los pasados *cultos*.

VI.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana, en el siglo xviii.—Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid.—1847.)

Antes, ó al lado de Feijóo, florecieron otros escritores de menor nota. Entónces hubo un DON IGNACIO DE LUZAN, á quien no puede dejar de nombrarse cuando se trata de nuestra historia literaria. Era LUZAN hombre entendido, escritor aventajado, pero, como suele decirse, usando de la comparacion trivial, aunque exacta, de la poesia con la pintura, falto de colorido; desmayado, sin bríos; hombre de conocimientos profundos, y que si no fué superior á su época, hizo más que lo que hacer suelen los hombres de todos los tiempos. Hubo de sentirse escandalizado al ver el estado en que se hallaba la literatura en nuestra patria, y aunque sabia algunas lenguas, y de las letras latinas tenia bastante conocimiento, hubo de dirigirse á Francia, como el país de donde venia entónces la luz que llamaba toda la atencion, y no permitia se llevasen los ojos á buscar guía en otra antorcha que la que resplandecía en la nacion vecina. Vió en aquella reinante la escuela clásica de Luis XIV; tambien habia estudiado la *Poética* de Aristóteles, con los comentarios que le habian puesto los escritores franceses; y tomando la teoria de un padre Le-Bossu, cuyo ensayo sobre el poema épico corria con mucha fama por aquellos dias, la puso en castellano, la exornó, la agregó á la de Aristóteles, y con sus preceptos dió á España un *Arte poética*, de que hasta entónces se carecia. Juzgó nuestro teatro, como parecia en otro tiempo, acertadamente, aunque, segun el dictámen de muchos críticos modernos, con algun desacierto. No fué, sin embargo, enemigo acérrimo de nuestro Calderon y demas autores dramáticos; pero al censurarlos, no supo darse razon de cuál era la clase de espíritu que animaba sus obras; no se cuidó de investigar cuál era el estado de la nacion en que escribían. La critica de aquel tiempo, critica en que sólo se miraba á la parte externa de los escritos, señalaba á éstos ciertas formas. LUZAN vió estas formas segun Aristóteles las bosqueja, segun las habian señalado con más vigor Horacio, y despues los críticos franceses; y pintado este cuadro, encontró que las obras de Calderon no se ajustaban perfectamente á aquel modelo, y las condenó. Por lo demas, hizo justicia

á nuestro gran dramático, celebró su fecunda imaginacion; pero, segun él, tenia el defecto de no haber observado las tres unidades de accion, lugar y tiempo; defecto que le encuentran tambien muchos críticos, de los cuales yo me aparto, venerándolos. Le encontró otros defectos mayores de lo que son en realidad, esto es, que tenia un estilo demasiado conceptuoso, y que se apartaba con frecuencia de la expresion verdadera de las pasiones, por usar el lenguaje del ingenio sutil,afeado ademas con la pedanteria.

DON IGNACIO DE LUZAN hizo un servicio y un daño á la literatura española. Los que dicen que hizo un servicio, y ésta ha sido una opinion que ha estado en boga durante largo tiempo, aciertan, porque, en verdad, él no destruyó nada bueno en nuestra patria. El gusto de nuestros escritores era pésimo: LUZAN no quiso acudir sino á las fuentes en donde entónces se bebia: acudió, pues, á Francia, y restableció hasta cierto punto el buen gusto literario. El mismo hizo justicia á la poesia sabia del siglo xvii; olvidó empero, y esto no se sabia entónces, que nuestra poesia tiene dos ramos: la poesia sabia, la poesia académica, que empezó, puede decirse, con Garcilaso, aunque ya se encuentra algo de ella en Juan de Mena, el Marqués de Santillana y otros autores más antiguos, y que en parte venia de la poesia italiana; y la poesia popular, la poesia del *Cancionero* (1), la de los romances del conde Cláros y del conde Dirlos; poesia de que Melendez y otros han hecho algunas imitaciones, á fines del siglo próximo pasado.

Asimismo no conoció nuestra literatura dramática nacida en España, y que era la verdadera hermana de nuestros romances; literatura que los italianos no habian conocido en sus tragedias; porque, aunque la comedia italiana tiene, de la escuela de Plauto y Terencio, composiciones de bastante mérito, pues en Plauto reluce particularmente la fuerza cómica, que el mismo Molière ha imitado muchas veces, algunas la ha igualado, y otras se ha quedado corto, y Terencio se recomienda por la intensidad de sus afectos, por la elegante sencillez de su lenguaje, y por ser el autor de quien se han tomado más sentencias: *Homo sum, humani nihil à me alienum puto.*—*Nam id arbitror adprime in vita esse utile, ut ne quid nimis;* y otras; á pesar de esto, aun la comedia latina, y más todavía la italiana, carecian de cierta fuerza; así que, ni las comedias de Maquiavelo ni las de Ariosto habian dado alma á la escena cómica. De las tragedias italianas antiguas nada se diga, valiendo poco todas ellas, aun la de Toreuato Tasso. Entónces apareció en España Lope de Vega; pero ántes los cómicos españoles habian dado alguna muestra de ciertas dotes, que habian de dar lustre á nuestra escena, y de los defectos que la deslustran. LUZAN no conoció esto, ni el mérito, ó por mejor decir, ni la índole de los romances y de nuestro teatro; habló de la poesia española como poesia buena, pero imitadora, la cual algunas veces imitando se remonta mucho, y entónces es digna de admiracion; pero en donde, segun él, no hay nada original, no pudiendo por lo mismo ménos de desmerecer al lado de su hermana mayor, la hermosa poesia italiana.

Estos fueron los yerros de LUZAN; pero los que dicen que erró completamente, y que desacreditó nuestra literatura, no se hacen cargo de que la literatura estaba en descrédito en aquel tiempo, de que estaba casi enteramente olvidada. No desacreditó la literatura antigua; no habló de la poesia académica, censurándola; dijo poco de la dramática; desaprobó en ella algunas cosas sin razon, pero no acabó con la literatura buena, sino con la mala que habia en su tiempo. Es verdad que siguiendo con demasiado rigor á Aristóteles y al clasicismo frances, pretendió hacer un marco dentro del cual se encajonasen, por decirlo así, todas las obras del ingenio; que siguiendo reglas demasiado severas, no conoció que los diferentes tiempos requieren diferentes especies de composiciones; que la diversidad de pueblos y de gobiernos hace variar el juicio que se forma de los cantos, y el espíritu que á éstos debe animar, y por eso es digno de censura á veces, aunque no por haber sido de la edad en que vivia.

LUZAN fué asimismo poeta, y como á tal no debe dársele elogio alguno. Es verdad que no incurrió en las faltas en que cayeron los de su tiempo y del inmediatamente anterior; es verdad que no dió en las extravagancias mismas que procuró desterrar; que miró con horror los retumbantes metros de Ocejo (2), el *Polifemo* y las *Soledades* de Góngora; por consiguiente, fué muy dete-

(1) Aquí confunde Galiano, al parecer, la poesia erudita de los *Cancioneros* con la popular de los *Romanceros*. (Nota del Colector.)

(2) Alude Galiano á *El Sol de los anacoretas* (san

Antonio Abad), poema en octavas, de don Pedro Nolasco Ocejo, que Jorge Pitillas ridiculizó con singular donaire en el *Diario de los literatos*.

(Nota del Colector.)

nidamente haciendo versos de once sílabas en lenguaje correcto y esmerado; imitó á los demás poetas en aquello de invocar á las Musas y demás temas comunes en que durante mucho tiempo ha consistido nuestra poesía, y que todavía sienten algunos no ver reproducidos, lamentándose de que hayan caído en desuso las imágenes que admiraban á los poetas de nuestros primeros años. Su *Oda á las artes* y *La conquista de Orán* son producciones que adolecen de los mismos defectos de frialdad elegante y continua imitación ajustada, ó reproducción de pensamientos ajenos y corrientes.

MAS NOTICIAS SOBRE DON IGNACIO LUZAN Y LOS LITERATOS DE SU TIEMPO.

Cuando el erudito don Juan Agustín de Cean Bermudez escribió la biografía de don Eugenio Llaguno, lo hizo con datos de las respuestas dadas á un interrogatorio, entre cuyas preguntas figuraban las siguientes: «¿Quiénes eran los concurrentes á la Academia del Buen Gusto, congregada en casa de la marquesa de Sarria?—¿Quiénes los que sucesivamente fueron concurriendo á la tertulia de Montiano?—Si don Juan de Iriarte, don Blas Nasarre, don Ignacio Hermosilla eran montianistas, y si el señor Campománes alcanzó estas juntas y concurrió á ellas.—Si entre la tertulia nocturna de Montiano y la vespertina del padre Sarmiento había alguna relación conocida, ó se componía de unos mismos sujetos.»—Muy en su lugar se hallaban todas estas preguntas, como que don Eugenio de Llaguno y Amirola había sido paje de bolsa de don Agustín de Montiano y Luyando. Ahora va á dejar de seguir inédito lo que don Bernardo Iriarte contestó así á esta parte del interrogatorio: «Bernardo Iriarte tenía muy corta edad cuando algunos literatos y sujetos de varias clases concurrían en casa del Marqués de Sarria, hermano del primer secretario de Estado y del Despacho don José de Carvajal y Lancaster, para que pueda designar quiénes eran, y ménos calificar su mérito.—La tertulia de Sarria pudo ser abuela, mas no madre de la tertulia de Montiano. Se ignora si tuvieron algún parentesco ó conexión, ni si la de Montiano descendió de la del Marqués de Sarria.—Consta, sí, á Bernardo Iriarte que en casa de don Blas Antonio Nasarre, bibliotecario del Rey, se juntaban por las noches (don Juan de Iriarte no asistía, porque todas las pasaba, como las demás horas del día, estudiando y trabajando, y obligando á su sobrino Bernardo á hacer lo mismo) varios literatos, y entre ellos DON IGNACIO LUZAN, y á veces don Agustín de Montiano y Luyando, algunos individuos de la Biblioteca y otras personas.—Luego que falleció Nasarre, atrajo Montiano á su posada muchos de los asistentes á la tertulia de aquel. Progresivamente se fueron agregando varios eruditos y sujetos de buen gusto, ya de los vecindados en Madrid, ya de los que venían de las provincias del reino y hasta de América. Así llegó á ser bastante numerosa, y á veces tanto, que los literatos se disgustaban, porque, habiendo logrado, después de muchas instancias, la mujer de Montiano, doña Josefa Manrique (había sido camarista de la reina Farnesio), y su sobrina, doña Margarita, ser admitidas en la sala de la tertulia, acudieron á ella gentes indoctas, que incomodaban á la docta, y fué preciso, para desahogo de ésta y pasto del alma y cuerpo de aquellas, poner una mesa de biribis, donde tuviesen digna ocupación, formando así ancho aparte los literatos.—De esta última clase, eran tertulianos constantes DON IGNACIO DE LUZAN, don Juan Iriarte, que ya salía por las noches, para descansar de su tarea diaria y distraerse; don Ignacio de Hermosilla y Sandoval, don Antonio Pison, lector de la princesa de Asturias, hoy reina; don Luis Velazquez, marqués de Valdefflores; don Felipe de Castro, célebre escultor gallego. Campománes concurrió pocas veces á la tertulia, á los principios, y después no.—Bernardo Iriarte llegó á asistir también; don Eugenio de Llaguno, que era inmediato y perenne asistente, como que vivía en la propia casa de Montiano, llevó una noche al mismo Bernardo Iriarte á la tertulia, contra la voluntad de su tío, que prefería se entretuviese en casa, estudiando el sobrino; más hubo de ceder, y ya le llevaba en su compañía, mirando como equivalente de las tareas nocturnas en que le ocupaba, la amena, variada é indirecta instrucción que adquiriría oyendo las condenaciones, discursos y lecturas de los doctos é ingeniosos asistentes á la tertulia de Montiano. Los días de fiesta llevaba el tío don Juan al otro sobrino Domingo, niño todavía, para que aprovechase algo allí y no hiciese travesuras en casa.—Ninguna relación había entre la tertulia de Montiano y la sociedad ó concurrencia de la celda del

padre fray Martín Sarmiento por las mañanas y tardes. Don Juan de Iriarte iba á ver al padre Sarmiento todos los domingos después de misa, y llevaba á su sobrino Bernardo. Eran pocos los concurrentes, y entre ellos había académicos.—Don Blas Nasarre no pudo asistir á la tertulia de Montiano, pues ésta, según va dicho, no tuvo principio ni existió hasta después del fallecimiento del mismo Nasarre.»

No hay mejor edición de la *Poética* de LUZAN que la hecha en dos tomos, el año de 1789, por Sancha, pues en ella intercaló don Eugenio Llaguno todas las adiciones y enmiendas del mismo don Ignacio, á quien había tratado en la juventud, y cuyos consejos le fueron muy útiles en el resto de su vida.

POESÍAS.

JUICIO DE PÁRIS,

RENOVADO

ENTRE EL PODER, EL INGENIO Y EL AMOR (1).

FÁBULA ÉPICA.

En la entrada pública hecha por el señor don Fernando VI en Madrid, á 10 de Octubre de 1746.

No la ira del hijo de Peleo,
Ni los viajes del sabio Ulises canto,
Ni el héroe que de Troya y fuego aqueo
Trajo á la Italia el gran cantor de Manto,
Ni al que de ilustre pluma ha sido empleo,
Gloria de Portugal, del moro espanto,
Ni las piadosas armas en Suria,
Ni hazanas de valor y cortesia.
Más dulce inspiración, furor más blando
Á pacífico asunto el pecho inflama;
El triunfo cantaré con que Fernando
Entró en su leal villa, que le aclama;
Diré cómo en su obsequio disputando
Poder, Ingenio, Amor ganaron fama
De su gran corte en el teatro augusto,
Y que en fin venció Amor, como era justo.
Bajad de vuestro monte á darne aliento,
Musas, que á todas nueve hoy os imploro:
Unas me templaréis para el intento
La dulce lira y el clarín sonoro;
Otras haréis que en delicado acento
Mi voz iguale á vuestro amable coro,
Para cantar del gran monarca glorias,
Esmeros de Madrid, de Amor victorias.
Y tú, María Bárbara, heroína
Por quien Iberia aspira á ser dichosa,
Dignate de ilustrar con tu divina
Musa lo que la mía emprender osa;

(1) Para muestra del estado de nuestra poesía en el presente siglo XVIII, publicamos esta pieza, que existía inédita con todas las demás de su erudito autor. El asunto está concebido con majestad y elevación; la idea es muy ingeniosa y muy poética, y se halla felizmente establecida y desempeñada, singularmente en la conclusión y triunfo del Amor contra el Ingenio y el Poder, que es excelente; la erudición es acendrada y exquisita, aunque no siempre se podrá reputar por oportuna; la versificación es muy propia, y manifiesta el carácter de este poeta, en cuyas composiciones, por lo general, luce más el arte que la naturaleza. De esto nace que á sus versos les falte todavía algo de aquel espíritu, llenuza, copia, facilidad y soltura que admiramos en los poetas del siglo de oro; prueba evidente del estrago que han hecho en nuestra poesía tantos años de corrupción y decadencia, pues aún no han podido acabar de restablecer su robustez y antigua lozanía los más clásicos artífices de nuestro tiempo. Sin embargo, se ofrece al público esta ingeniosa composición, no tan sólo por el gran crédito de su autor, como por sobresaliente entre cuantas hemos visto y leído sobre semejantes asuntos.

(Nota de Lopez de Sedano en su *Parnaso español*.)

Á perdonar la majestad inclina;
Que tu piedad merece generosa
Quien de tu esposo Rey, con alta idea,
Decir presume y acertar desea.
Quizá después, si se permite un día
Á humana voz asunto más que humano,
Alentada á tu sombra mi Talía,
Resonará tu nombre soberano,
Haciendo que obsequiosos á porfía,
En ecos le repitan monte y llano;
Que oigas en tanto humilde te suplico
Versos que respetoso á tí dedico.
En la estación que el hijo de Latona
Por el signo de Libra el curso extiende,
Cuando el otoño fértil se corona
De hermosa fruta, que en el árbol pende,
Y en los dones de Baco y de Pomona
El hacendoso agricultor entiende,
Mirando alegre que ya premia el cielo
Su trabajosa vida y su desvelo;
Cerca de Manzanares, recostado
Á la sombra de un álamo coposo,
Mientras mi ganadillo al verde prado
La yerba repastaba presuroso,
Por conceder al cuerpo fatigado,
Mientras más hiere el sol, dulce reposo,
De la mansa corriente al blando ruido,
Suspendido quedé, si no dormido.
Entonces reparé que sus cristales
El río por el medio dividía,
Y de su centro, hermosas, celestiales,
Ágiles ninfas vi que producía;
De perlas y finisimos corales
Rico adorno cada una en sí traía;
Un anciano después con urna al lado
Apareció, de juncia coronado.
Cual fabulosa antigüedad pintaba
Al padre Tíbre ó al dardano Janto,
Cuando sobre las ondas se asomaba
A oír de algún mortal queja ó quebranto,
O como al dios Neptuno figuraba
Musa gentil en su fingido canto,
Cuando iba por el mar con Deyopea,
Cimodoce, Nerine y Galatea;
Tal Manzanares á mi vista ofrece
Espectáculo nuevo y agradable;
Crece mi suspensión, mi pasmo crece,
Al ver que aquel anciano venerable
Conmigo desde el agua á hablar empiece
Con apacible voz y rostro afable.
Fielmente su discurso, no prolijo,
Conserva la memoria; así me dijo:
«Extranjero pastor, que en mi ribera
Buscas tranquilidad á tus fatigas,
Vite otra vez, no es ésta la primera,
Y sé tu nombre ya, sin que lo digas;
Las bellas ninfas de esta undosa esfera